



www.loqueleo.com/co

Los fantasmas huelen a vainilla

© Del texto, 2019: María Fernanda Heredia

© De las ilustraciones, 2019: Roger Ycaza

© De esta edición:

2019, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-5444-51-5

Impreso en Colombia por Quad Colombia S.A.S.

Primera edición en Loqueleo Colombia: abril de 2019

Segunda reimpresión en Loqueleo Colombia: diciembre de 2020

Dirección de arte de la colección:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Los fantasmas huelen a vainilla

María Fernanda Heredia

loqueleo

*Para los niños que lograron
escapar de los monstruos.
Y para los que lo siguen intentando.*

Hay días en que la vida se pone de cabeza. 9
Parecería que al mundo se le sueltan las piezas y se desarma sin que nadie sepa cómo arreglarlo.

Todo empezó cuando una tarde de viernes, mientras yo veía en la tele un programa de animalitos, sentí un aroma extraño, escuché un ruido que venía de la cocina: “¡Tizxxx!”, y enseguida mamá gritó una de sus *palabritas*: “¡Hijuechinche!”.

Mamá normalmente usa “palabritas” en lugar de “palabrotas”. Es un invento pedagógico suyo para evitar que mi hermana María y yo aprendamos a decir groserías.

10 Esto es como si a las *palabrotas* mamá las pasara por un enjuague con suavizante para dejarlas limpias y fragantes, y así, mágicamente, se convierten en *palabritas*. No son muy ingeniosas: hijuechinche, hijuetango, hijueponcho, hijuechancla, hijuepato, pero a mi mamá la hacen sentir muy orgullosa por sus resultados.

Cuando escuché su grito, volteé y vi que de la cocina venía una nube negra que muy pronto lo invadió todo.

Mamá salió presurosa sacudiendo sus manos, levantó a mi hermana que estaba sentada en el suelo jugando con su zapato como si fuera un carrito, me tomó de la mano, llamó de un grito a mi perro Trueno y nos condujo a todos al jardín.

—¿Qué pasó? ¡¿Se va a quemar la casa?! —le pregunté asustada, mientras mi hermana María hacía ruidos como de

sirena de bomberos y Trueno ladraba sin parar.

—¡No, Manuela, tranquila! Se quemó el horno. Cuando desaparezca el humo volveremos a entrar, no hay peligro.

Trueno ladraba con insistencia, normalmente es un perro discreto, pero cuando algo lo asusta (y lo asustan las abejas, las palomas, los gatos e incluso las cucarachas) se pone insoportable. No comprendo si sus lamentos significan: “¡Auxilio! ¡Soy un perro en peligro! ¡Una cucaracha me está amenazando de muerte!” o quizá estoy equivocada y no es tan cobarde sino muy valiente y lo que quiere decir con su escándalo es: “¡No sabes con quién te has metido, soy Súper Trueno y te convertiré en puré de cucaracha!”

Mi mamá siempre lo manda a callar, pero esta vez le acarició las orejas y le dio unas palmaditas en la cabeza, como si con ese

gesto quisiera decirle: “Sí, Trueno, yo me siento igual que tú”.

Mamá estaba asustada y triste. Sin su horno ella ya no podría volver a trabajar.

12 Durante años se había dedicado a hacer pasteles, tortas, galletas y postres para venderlos entre las vecinas y las amigas. El salario de papá no siempre alcanzaba y la venta de pasteles ha sido como el superhéroe que llega en el momento justo para salvar el mes.

La nube negra fue cediendo poco a poco y después de unos minutos pudimos volver a entrar. Había un olor extraño, un olor triste, como a ilusiones chamuscadas, quizá por eso a mamá se le llenaron los ojos de agua.

Se secó con la manga de su blusa y, forzando una sonrisa, intentó disimular:

—No pasa nada, todo estará bien.

Pero yo sabía que no era cierto. Aunque mamá es una mujer muy alegre, que baila y ríe todo el tiempo, en esta ocasión parecía que sus emociones habían hecho cortocircuito y se habían llenado de humo. El viejo horno, que había pertenecido a la abuela de la abuela de la abuela, llevaba años dando problemas. Después de décadas de servicio se había cansado de tantas calenturas y había decidido jubilarse. Mamá había perdido su instrumento para hornear alegrías.

13

Al rato, mientras ella llamaba a una cliente para disculparse y decirle que esa tarde no habría galletas de chocolate, papá entró por la puerta. Venía despeinado y con la corbata decaída.

Mamá dejó el teléfono sobre la mesa, cargó a María, que estaba mordiendo el zapato con el que hasta hace un momento había estado jugando, y le preguntó:

—¿Todo bien, Pepe?

Él suspiró, se dejó caer sobre el sofá y contestó:

—Bueno... más o menos.

14 Y enseguida se puso a estornudar. Él es alérgico a casi todo... y eso incluye alergia a las preocupaciones.

Desde hace varios años papá trabaja en un banco, él es contador y, claro, se encarga de las cuentas. Sin embargo, cuando papá le relató a mamá lo que había ocurrido esa tarde en su oficina, me dio la impresión de que trabajaba en una fábrica de tijeras, podadoras y sierras:

—Hoy me llamó mi jefe, me dijo que la cosa no anda bien y que debe hacer recortes en los gastos, y recortes en el personal, y recortes en la planilla, y recortes en el presupuesto...

—¿Y eso qué significa? —preguntó mamá.

